

CINCO MINUTOS DE GLORIA

## Mínimos intelectuales

Algo va mal a este y al otro lado de nuestras pantallas

Sí, claro, me han hablado y recomendado que, por favor, no me pierda 'El juego del calamar'. ¿Quién no ha visto a estas alturas de la actualidad y sus correveidiles de las redes sociales la serie coreana que comenta todo el mundo y a la que se han conectado, incluso, quienes no deben: los menores de edad? Levanto la mano. He aquí una excepción. Ya me pueden dar todas las claves pertinentes, todos los códigos secretos que parece sólo manejan lo modernos globalizados e, incluso, los niños que van al colegio. No voy a entrar por el aro.

No hace falta que me cuenten cómo recuerda a aquel concurso de culto de finales de los años 80 llamado en España 'Humor amarillo'. Ni que me expliquen que detrás de aquel programa, cuya (des)gracia se basaba en que los concursantes tenían que pasar por pruebas imposibles que acababan en morrocotudos golpes, estaba el mítico director de cine japonés Takeshi Kitano. El mismo al que luego admiramos por 'Sonatine', 'El verano de Kikujiro' o 'Hana-Bi' y se paseó por los festivales de cine más adultos de nuestro viejo continente. No me cuenten de las rocambolescas moralejas o tesis que acompañan su éxito.

Si a alguien le gustó 'Mad Men' (por poner un ejemplo) no le puede entrar por el ojo esa suerte de ejército de Teletubbies que te asalta en algunas de las secuencias promocionales de la serie. Algo va mal a este y al otro lado de la pantalla. Ante el fracaso de 'El juego del calamar' en mi casa, y en mi caso, me he ido por peteneras y he aterrizado en el universo cinematográfico de Fellini. Refugiarte en los clásicos, por aquello de ir contracorriente, con el menos clásico de los maestros. He tomado al azar uno de sus títulos: 'Ocho y medio'. Ciento cuarenta fellinianos minutos que te ponen a prueba. Fellini exige máxima concentración para estar a la altura de su universo de metáforas e imágenes imposibles, lecturas infinitas. Y resulta que habitamos en un tiempo y en un espacio intelectual de mínimos. 'Juegos del calamar' mediante. ■

LAURA REVUELTA



## LA DOLCE VITA

POR FERNANDO R. LAFUENTE



## LA IDENTIDAD COMO MÁSCARA

'Chao', de Mario Alonso, es el relato de una personalidad real y ficticia a la vez. Una novela repleta de asombros y arrepentimientos

¿Qué identidad no es una máscara? ¿Qué máscara no es una identidad? Las señas de identidad son relámpagos sobre el agua del tiempo. Avisos y destellos, anhelos. Nada concluido. Uno es muchos y ninguno a la vez. Se construye una historia que es la memoria narrada, la frágil memoria, la arbitraria memoria. La broma de uno mismo. 'Chao' (Almuzara, de Mario Alonso (Badajoz, 1960), es el relato de una identidad real y ficticia, a la vez, como todas. Una a conciencia, la del lado de la ficción, la otra juguete del destino. La cuestión es que el lector deberá descubrir, si le divierte el juego (y le divertirá, seguro), dónde está la frontera de ambas identidades.

**PLANO / CONTRAPLANO.** Mario Alonso derrocha ingenio, talento narrativo y una prosa directa alentada por unos diálogos de influencia cinematográfica, es un relato en plano/contraplano sin paréntesis ni descansos. Intenso e inquietante. Sí, como advirtió Bergamín en palabras de Malraux, «la máscara no engaña, subraya». Cuántos deseamos ser a lo largo de una vida no uno, sino dos, tres, cuatro. Hay dos personajes el que el tiempo ha cincelado y dirigido y el que uno se ha construido entre ficciones y sueños. Éste, en el laberinto de máscaras que plantea la vida de Ramón, de Carmen, es un relato plagado de asombros y arrepentimientos. ¿Es posible el perdón? «Arrepentirse es una forma de dolor moral, en oposición al remordimiento, que no es más que un temor de las consecuencias de tus actos. En ocasiones, se comienza con el remordimiento y después llega el arre-



Mario Alonso es licenciado en Ciencias Económicas y en Derecho // M. BALANYA

pentimiento. Pedir perdón no es un asunto rutinario; se requiere fuerza de voluntad, espíritu de enmienda, considerar al otro como un ser humano equitativo a nuestra propia humanidad y, sobre todo, conmoverse por la responsabilidad de nuestras propias acciones, que generaron un dolor insoportable a ese otro ser humano.» Es una de las claves de esta obra. Que comienza como una novela de aventuras, casi al cervantino modo de la novela bizantina, continua como un relato detectivesco y queda envuelta en una narración filosófica sobre un asunto eterno y contemporáneo: la redención. Mario Alonso traza un argumento, al decir de Luis Landero, «brillante», así es. El hilo invisible de vida y ficción, la búsqueda desasosegadora del perdón ante lo que pudo

ser o no fue, lo que fue, lo irreversible, lo insoslayable de cada vida se muestran con extraordinaria lucidez literaria. La indagación, las pesquisas que recorre Carmen en busca de Chao envuelven la narración en algo superior a su mera historia novelesca.

**TABERNA PEDRAZA.** En Madrid, cocidos hay muchos, cientos, en cada esquina, ahora con las castañas de noviembre, Don Juan, los huesos de santo. La cosa es acertar. Nadie se equivocará, todo lo contrario, pleno, si se da un homenaje tan íntimo como festivo con el cocido de Carmen en Taberna Pedraza, ahí, en Recoletos, entre Cibeles y Colón (tan de moda). Memorable. Con todos sus platos generosos. Y de aperitivo, si se puede, la tortilla de patatas, obra maestra. ■

APUNTES ♦ Inés Martín Rodrigo

### Elena Quiroga, un centenario olvidado

El pasado 18 de octubre se celebró el Día de las Escritoras, una conmemoración que tal vez tenga sentido cuando llegue el momento en el que no sea necesaria. Pero, en fin, hay que aprovechar cada oportunidad, sobre todo teniendo en cuenta que en España sólo el 30% de las novelas contemporáneas que se publican son de escritoras. Por no mencionar que en los libros de texto de



secundaria sobre literatura del siglo pasado únicamente un 11% de los autores citados son mujeres. Dicho esto, conviene recordar que el próximo martes, 26 de octubre, deberíamos festejar el centenario del nacimiento de la escritora Elena Quiroga, que se codeó, en tiempo y forma, con Ana María Matute, Carmen Martín Gaité, Dolores Medio o la propia Carmen Laforet, también 'centenaria' este año, y fue la segunda mujer que entró en la Real Academia Española, en 1983. Ay, los olvidos. ■